

Glauco Maria Cantarella

Inventario medieval

Itinerarios, historias y protagonistas

Traducción de Pepa Linares



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Inventario medievale: Percorsi, storie e protagonisti dell'età di mezzo*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023 by Carocci editore, Roma
© de la traducción: Pepa Linares, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-909-6
Depósito legal: M. 123-2025
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Preámbulo
- 13 1. Los fundamentales
 - 13 Constantinopla, fundación
 - 14 Edad Media, principio y final
 - 16 Roma
 - 19 Imperios
 - 22 Constantinopla, la caída
- 26 2. El centro de la cristiandad
 - 26 Sede Apostólica
 - 29 Roma
 - 29 Roma, maravillas
 - 34 Peregrinaciones
 - 37 Legados
 - 40 *Deus in terris*
- 42 3. Los mundos de la oración
 - 42 Monacato
 - 45 Monacato benedictino
 - 49 Cluny
 - 55 Pedro Abelardo
 - 59 Geoffrey Chaucer
- 63 4. Interrogantes
 - 63 Rodolfo el Calvo

66	«Mordidas»
69	San Bernardo
74	La cruz
76	Martín Lutero
78	5. Semillas, flores, frutos
78	Obispos
81	Cultura
85	Monacato benedictino
85	Amor cortés
88	Caballeros
94	6. El mundo de los laicos
94	Mujeres
103	Cultura
103	Matrimonio
108	Amor cortés
108	Guerra
117	Ciudades
127	7. Mundos ocultos
127	Reconquista
134	Primos
140	Reinos
145	Reyes desaparecidos
147	Judíos
155	Geografías
164	8. El ultramar
164	Tierra Santa
167	Peregrinaciones
167	Cruzadas

Índice

- 173 Caballeros
- 174 Templarios

- 182 9. La construcción de la verdad
- 182 Verdad
- 185 Gregorio VII
- 191 Herejes
- 198 Inquisición
- 202 Órdenes mendicantes
- 211 Judíos

- 213 Materiales de obra
- 219 Índice onomástico

Preámbulo

Por allí, más allá –un poco más allá– de la Place de la République, están las tumbas abarrotadas de parisinos que existieron, subieron y bajaron escaleras, fueron y vinieron por las calles y que, de tanto hacer, acabaron por desaparecer. Los trajo un fórceps, se los llevó un coche fúnebre y el hecho es que la Torre se oxida y el Panteón se resquebraja más rápido de lo que los huesos de los muertos, demasiado presentes, tardan en disolverse en el humus de la ciudad, impregnada de preocupaciones. Pero estoy vivo y hasta ahí llega mi conocimiento.

RAYMOND QUENEAU, *Zazie en el metro*

La Edad Media es una época extraña: no se sabe cuándo comenzó ni tampoco cuándo acabó. Es también un espacio de fronteras lábiles, invisibles, una realidad lejana a nosotros, aunque se pueda pensar que la tenemos diariamente a nuestro alrededor; una realidad subterránea, un tiempo-espacio sumergido que aflora cuando se evoca, se le hacen preguntas, se investiga.

Es un proceso histórico todavía poco conocido, muchas veces solo el espejo deformante de nuestro presente: «Eso es medieval», se dice, como si «eso» no perteneciera a nuestro tiempo. En suma, una excusa cómoda que nos ahorra el

esfuerzo de formularnos preguntas sobre el pasado y el presente y de captar diferencias y continuidades.

Para orientarnos en un Medioevo frecuentemente invisible a primera vista, pese a que atraviesa con un entramado de líneas muy finas toda nuestra historia, hay que sumergirse en el pasado, descender a su espacio subterráneo y seguir los recorridos formados por historias, personajes y lugares que dibujan itinerarios fundamentales y desenredan el «largo hilo de Ariadna» a través de aquella época y aún más allá.

El resultado es un viaje inusual y tal vez sorprendente para un lector curioso y capaz de orientarse.

1. Los fundamentales

Constantinopla, fundación

El traslado de la capital del imperio se llevó a cabo oficialmente el 11 de mayo del año 330. Fue una gran novedad, no porque las principales sedes del imperio coincidieran ya con Roma, cosa que no ocurría desde hacía varios decenios, al menos desde la reorganización funcional de Diocleciano, sino porque Roma dejaba de ser la titular del poder imperial. La historia cambiaba de dirección; se sabía entonces y se supo después durante varios siglos, y no fue causalidad que entre el VIII y el IX se redactara la célebre falsificación de la *Donación de Constantino*. Roma ya no albergaba al soberano, que se había trasladado a Oriente, el Occidente carecía de soberano y el único que quedaba en la capital fundacional era el papa. De ahí que los papas se dijeran: el soberano será el pontífice. Y lo sería por voluntad del emperador, pues solo él podía distribuir los cargos y los reinos

con plena legitimidad (tanto es así que los reyes francos, visigodos y ostrogodos se dirigieron a los emperadores para ser reconocidos como tales). Por ese motivo, la falsa *Donación* se llama en latín *Constitutum Constantini*, aunque la lengua en la que se escribió tiene poco o nada en común con el elegantísimo latín del siglo IV. Como Lorenzo Valla pudo demostrar en el siglo XV con relativa facilidad, los términos jurídicos eran bien conocidos porque resultaban indispensables, y *Constitutum* significa exactamente eso: decisión del emperador formalizada por escrito en un acto legítimo.

Edad Media, principio y final

¿Comenzó así la Edad Media? Podría ser. Pero en realidad el Medievo comienza y acaba en periodos y épocas distintas según los puntos de vista y los diversos países europeos. En Italia, siempre se consideró que comenzaba en el 476, año en que el adolescente emperador Rómulo Augústulo, hijo de Flavio Orestes, uno de los integradísimos *bárbaros* del Imperio Romano, como atestigua su propio nombre, fue despedido por Odoacro, otro bárbaro integradísimo que, sin embargo, no asumió el título imperial. Así pues, Rómulo Augústulo (un diminutivo que es también un término cariñoso, ya que el Augusto «pequeño» tenía unos quince años en el momento de su caída después de un año de reinado nominal, un emperador jovencito e impotente, y con ese nombre se quedó, aunque aparezca así en las fuentes hasta que cumplió por lo menos cincuenta años) fue el último de los emperadores de Roma. Y el final se si-

túa, no sin razón, en 1492, con el descubrimiento de América y el comienzo de la proyección europea más allá del Atlántico.

También en Bélgica se sitúa el comienzo en el 476, pero el final se data en 1453, año en que los turcos conquistaron Constantinopla. Se trata de la datación más clásica, porque se remonta a las definiciones de Horn (1666) y de Keller (1688), el fin oficial del Imperio Romano en Occidente (476) y en Oriente (1453). En España, el final se data en 1492, pero el comienzo suele fecharse en el siglo v. En Francia, desde el siglo v hasta el final del siglo xv. En Portugal, desde el siglo vi hasta el xv. En Austria, del 400 a 1500. En Holanda, del 450 a 1450-1500. Dinamarca, del 1050 a 1500. En Noruega, del 500 a 1500. En Finlandia, del 1150 a la década de 1520. Y en el Reino Unido: en Inglaterra, desde la época *posromana* (sin una definición mejor) hasta finales del siglo xv; en Escocia, desde el 300 hasta el 1500; en Gales, del 400 a 1500. Esta era la situación en los libros escolares de hace unos quince años. Recientemente (2013), Brasil ha vuelto a la partición 476-1453, mientras que en la India (*Themes in World History*, 2006), con un criterio de historia comparada, se ha adoptado el arco cronológico de los siglos ix-xvii, con una acentuación especial en los siglos xi-xiv.

Cada historiografía ha decidido su cronología según criterios más propios de una historia nacionalista que de la historia de las instituciones o del territorio (en el caso indio, por la desvinculación del modelo cultural colonial). De ahí que en Italia se haga comenzar la Edad Media con la entrada de los longobardos (568) en la península y se establezca su término cuando el genovés Cristoforo Colombo puso el pie en el Caribe (12 de octubre de 1492), fecha ob-

viamente inevitable para el caso español, en la que Cristóbal Colón (la misma persona) abrió camino a la proyección atlántica del reino de España; mientras que en Francia puede comenzar con el establecimiento de los francos (siglo V) o la conversión de Clodoveo (hacia 508), para acabar con la muerte de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, en Nancy en 1477 o con la expedición de Carlos VIII a Italia (1494); y así en todos los casos. Por ejemplo, en Alemania, el final podría establecerse en 1517, con la publicación de las tesis de Martín Lutero. Por no mencionar las subdivisiones introducidas con el tiempo. En Prusia, por ejemplo, se ha hablado de una Edad Media que podría llegar hasta el inicio del siglo XVII. Y están también las otras subdivisiones: alta-baja, alta-media-baja, primera-plena-tardía. Muy huidizo se muestra, pues, este Medievo que a nosotros nos parece tan claro y tan definido...

Roma

Es el nudo principal, el atestado cruce de caminos por el que transita todo o casi todo. *Caput mundi*. En el siglo IX, mil quinientas hectáreas de espacio urbano poblado, más que por hombres, por unas imponentes estructuras todavía riquísimas que debemos imaginar (eso si no estaban reutilizadas por las aglomeraciones de las *consorterie* o clanes de familias nobles) levantadas en unas zonas en las que solo había algunas casuchas. Espacios no habitados, un tejido urbano a «manchas de leopardo».

Más que una ciudad, Roma era un territorio rodeado de murallas. Una Roma vacía y verde, en la que no había que-

dado nada de los extensos, abarrotados, altos y frágiles barrios de la especulación inmobiliaria antigua y donde sobresalían en solitario el Vaticano y el Laterano, aunque todavía quedaban vestigios de las enormes mansiones de las grandes familias. Pero no solo había ruinas inmensas: aún estaban el Coliseo recubierto de mármoles y lleno de estatuas y las gigantescas construcciones del imperio, aunque saqueadas, supervivientes de los desastres e incluso de la reestructuración de los cristianos, como la operación de Arnolfo di Cambio, que hacia 1282 convirtió una estatua de Tique o de la Fortuna Annonaria en una virgen gótica (las osadías de la estatuaria helenista continuarían permitiéndolo con facilidad. Recuérdese la estatua en alabastro y bronce de santa Inés, en la basílica de Santa Inés Extramuros, 1605).

El sepulcro de Adriano, un castillo no del todo privado de sus mármoles, las basílicas cristianas tan semejantes a los templos antiguos y gigantescos y a las vías triunfales de los centros políticos de la Antigüedad, polícromas de mármoles sustraídos a los dioses del pasado y doradas de mosaicos. Los edificios públicos antiguos, aunque reutilizados y roídos por el tiempo y la incuria, con su extraordinaria majestuosidad y su pretensión de eternidad; los acueductos, las calles y los puentes eran como los brazos tentaculares de Roma extendidos hacia un inmenso mundo perdido, a pesar de padecer demasiados siglos de falta de mantenimiento; las murallas, dentro de las cuales, como si fuera una corona, un círculo más pequeño cerraba la colina de los antiguos vaticinios, donde yacían los mártires Pedro y Pablo, transformada en una inmensa basílica por Constantino; los grandes complejos termales abandonados des-

de que Teodosio y Justiniano prohibieron su frecuentación, pero potentes e inagotables canteras de obras de arte, de materiales preciados durante cientos y cientos de años, incluido el mármol para la cal y las balas de los cañones de la artillería papal.

La Roma de los enormes y bellísimos arcos de triunfo; la Roma en la que el sistema estacional de las procesiones, a un tiempo conmemoración litúrgica y litúrgico adueñamiento por parte del señor de la ciudad, el papa, remienda los espacios deshabitados para formar un espacio simbólico en el que solo existe un pasado remoto que empequeñece aún más a los seres vivientes que lo recorren. Sin embargo, una población de veinte o treinta mil habitantes formaba uno de los mayores centros urbanos independientes del Occidente cristiano, diez veces más poblado que la media de las ciudades normales. Constantinopla, Alejandría y Córdoba superaban los cien mil habitantes (la última, más de doscientos mil en el siglo X), pero pertenecían a otros mundos muy distintos. Milán y Bolonia solo superaron los cincuenta mil habitantes a finales del siglo XIII; Pisa solamente se acercó; y esto por nombrar tres ciudades muy importantes después de tres siglos de desarrollo ininterrumpido. Pero los romanos se concentraban en núcleos dentro de su famoso círculo defensivo. Por ejemplo, en el siglo XI, los Sant'Eustachio se asentaban en la zona del Panteón; los *fili Astaldi a Coloseo* y los Frangipane, en la zona del Coliseo; los Corsi y los Pierleoni se establecían en la zona del Capitolio. Entre ellos, el verde, las ruinas y el vacío.

Roma era eso y mucho más. Roma era espléndida. Faro de civilización y de nuevas civilizaciones. Ciudad de los

mártires y sacelio de los príncipes de los apóstoles. Meta de todos los peregrinos de cualquier parte de Occidente. Roma, *Radix Omnium Malorum Avaritia* («Raíz de todos los males, la avaricia»), según el afilado y polémico *bon mot* de Walter Map (último cuarto del siglo XII), que citaba modificando imperceptiblemente a san Pablo (I Tim, 6-10): «La raíz de todos los males es la avaricia». Por lo demás, Salustio había escrito que Yugurta pensaba que *Romae omnia venire*, «en Roma todo está en venta», y Juvenal, *omnia Romae cum pretio*; Roma, la continuidad o la perpetuidad histórica. Roma, diana de todas las yihads de todos los tiempos y maravilla ensalzada por las fuentes árabes. Roma, signo de contradicción. Roma, centro de todas las contradicciones. Roma, torbellino de las contradicciones. Roma, el lugar físico, ideal y mental al que todo tiende, en el que todo se concentra, se dilata y explota, se confunde, se anula, se recupera, nace, muere y vuelve a nacer, regresa cambiado y siempre igual a sí mismo. Roma, la Urbe, la Ciudad, la Única. La Eterna.

Imperios

Roma fue el punto de partida y el punto de llegada de los imperios: de Octaviano Augusto a Constantino el Grande y de Carlomagno a Carlos V, aunque la coronación de este último tuviera lugar en Bolonia. Todos los grandes que aspiraron al título y a la corona imperial tuvieron que pasar por Roma: Carlomagno quiso eludirlo coronando personalmente a su hijo Ludovico (813). Carlos V debió evitarlo (1529) porque el saco de Roma de 1527 estaba muy recién-

te, pero en todo caso tuvo que recibir del papa la corona imperial. Napoleón Bonaparte se coronó él solo y en París (1804), pero aun así lo hizo ante la presencia de un recalcitrante Pío VII.

Grandísimo título, el imperial... aunque obligaba a reconocer que estaba totalmente en manos de los papas. El primer emperador medieval, Carlomagno, llegó a Roma después de varios decenios de preparación cultural y propagandística de la cultura franca, que buscaba la atribución de la dignidad imperial a los reyes de los francos, pero una vez obtenida la corona en la Nochevieja del año 800 se fingió sorprendido, como se sabe, y declaró que si lo hubiera imaginado jamás habría puesto el pie en San Pedro. Así lo cuenta su biógrafo, el sutil y culto Eginardo, que de ese modo ponía en guardia a los sucesores de Carlomagno, porque la corona imperial no era solo el reconocimiento de la fuerza militar y de las capacidades políticas del rey, sino también y sobre todo el resultado de la negociación con el papa, y el hecho de recibirla imponía además una expedición hasta el corazón de Italia.

Fue el problema de todos los emperadores incluso cuando la corona pasó a la Casa de Sajonia: a Enrique II el papa no solo le impuso la corona, sino que le regaló un globo áureo, símbolo del dominio del mundo; en suma, el nuevo emperador recibía del papa la legitimidad de ese dominio:

Un globo de oro, rodeado [...] de piedras finas entre las más preciosas y [...] rematado por una cruz de oro. Se reproducía de ese modo la figura del mundo (que, según se dice, consiste en una especie de esfera), a fin de que cuando la cabeza del imperio terrenal la contemplara, aquel objeto le recordara su deber de ejercer en la tierra el poder político y militar, así como

de mostrarse digno de la protección que le llegaba del símbolo salvífico de la cruz; la decoración con varias gemas indicaba la exigencia de que una autoridad como la del emperador se adornase de todo género de virtudes (Rodolfo el Calvo, 1989, I, 23, pp. 47-49).

Enrique, que era una persona aguda y perspicaz, cuenta Rodolfo, donó aquel globo a Cluny. Advirtamos de paso que en el siglo IX no era en absoluto desconocida, por así decirlo, la esfericidad de la Tierra. Las dificultades de Enrique IV para conseguir la dignidad imperial son tan famosas que no vale la pena resumirlas... Y ¿qué decir del Arrigo (Enrique VII) de Dante? Esta cadena se rompió con Carlos V por razones de fuerza mayor, pero nunca se pudo prescindir del acuerdo con los papas.

Sin embargo, había también otros emperadores (aparte, obviamente, de los basileos de Constantinopla), lo que no significa que hubiera otros imperios. No debe llamar a engaño el uso reciente del término «imperio» aplicado al conjunto de los dominios de los Plantagenet. *Imperator* era el título de Athelstan, rey de Wessex, en Inglaterra, y *rex totius Britanniae*; *imperator* lo era del rey de León, que Alfonso VI de Castilla asumió y pasó a sus sucesores, pero solo significaba que esos reyes eran superiores a sus aristocracias, que estaban en condiciones de dominarlas y de comandarlas (si luego eso se correspondía con la realidad o no, ya es otra cosa...). La clave para entenderlo está en lo que escribieron los juristas de Felipe IV, el Hermoso, de Francia (1285-1314): «El rey es ciertamente emperador en su reino». El rey los *superaba* a todos. En efecto, a partir del siglo XIII se utilizó la forma *superanus*, que dio lugar a *sobe-*

rano, sovrano, souverain, sovereign, souverän (aunque en alemán solo como adjetivo, porque continúa empleándose *König*), *suwerenny*, *суверен...*, evidentemente en este último caso el soberano era también y sobre todo *царь*, «zar», César, heredero de los césares tras la caída de Constantinopla, la Segunda Roma, y la institución de la Tercera Roma, Moscú.

Constantinopla, la caída

Constantinopla, la Nueva Roma, capital del Imperio Romano de Oriente (el que después de más de un siglo de su desaparición comenzó a llamarse «bizantino» por un curioso sentido práctico, ya que llamarlo «romano» como siempre lo habían llamado todos habría podido crear una confusión con el Sacro Imperio Romano..., cosa extraña porque generalmente se había denominado «Imperio de los Griegos», aunque el nuevo nombre cuajó, como podemos constatar), padeció una enorme cantidad de asedios: la de los godos en el 379, la de los persas y los ávaros en el 626 y la intermitente de los árabes en 674-678 y de nuevo en 717-718. El ingenio militar, las largas y poderosas murallas y la terrible arma que poseían las flotas imperiales, el famoso *fuego griego*, salvaron siempre a la ciudad. En el 379 tomaron también parte activa en el salvamento los árabes que, como ocurría desde hacía siglos, militaban en los ejércitos imperiales. Según Amiano Marcelino, fue uno de ellos el que durante un duelo decapitó a un godo y se bebió su sangre, barbarie que aterrorizó a los asediantes y los indujo a retirarse; pero tal vez eran conscientes de que nunca

serían capaces de tomar la ciudad, a pesar del exiguo tamaño de la guarnición después de la destrucción casi total del ejército imperial el año anterior en Adrianópolis. Las murallas, el fuego griego y una artillería mejor que la del enemigo la salvaron también en 1422 del asedio de los otomanos.

Como es lógico, la ciudad por antonomasia (aunque la cosa no está clara, Estambul podría derivar de *εἰς τὴν πόλιν*, *is tin bolin*, o *εἰς τὰν πόλιν*, *is tan bolin*, según la pronunciación jónica, «la Ciudad», más aún, «la Ciudad de Ciudades») siempre había estado en la mira de las potencias que limitaban con el imperio. Cayó dos veces, y la primera no a manos de potencias limítrofes (a no ser que consideremos tal a Venecia), ni de infieles, sino de cristianos, y fue en 1204, durante la Cuarta Cruzada, que, naturalmente, tendría que haber llegado a Palestina si no hubiera sido derrotada por los venecianos en Zara con el fin de solucionar la deuda contraída por los cruzados para su transporte; de allí se dirigieron a Constantinopla para reponer en el trono a Isaac II, que había pedido la intervención de Venecia cuando lo destronó Alejo III. El saqueo, como es sabido, fue brutal, y el botín, inmenso, como atestiguan los caballos dorados del Hipódromo que están en San Marcos de Venecia. Isaac II tendría que haber recuperado el trono; sin embargo, se estableció en el Imperio Latino de Oriente con el emperador Balduino, conde de Flandes y de Henao. El León de San Marco se llevó la mejor tajada de la porción europea; el resto (también en Europa, porque los conquistadores nunca tomaron Asia) fue la nueva tierra de conquista para los occidentales. Y cayó en 1261.

En 1453 se produjo la catástrofe. La gravedad del peligro se conocía desde hacía varios decenios, pues después

del fallido ataque directo de 1422 los otomanos habían rodeado Constantinopla con la extensión de sus conquistas en Europa, y la ciudad era ya un *enclave*, un cuerpo extraño dentro del Imperio Otomano. Se buscaron acuerdos con los católicos de Occidente (concilios de Ferrara, 1438, y de Florencia, 1439). Con la llegada de Basilio Besarión a Italia, Occidente conoció de primera mano las grandes obras literarias y filosóficas griegas; él también contribuyó a formular el Acta de Unión entre las dos Iglesias, que suscribió y llevó a Constantinopla, aunque, dada la hostilidad contra el Acta, todo fue inútil, a pesar de que esta había recibido el acuerdo del basileo Juan VIII («el turbante del sultán es mejor que la tiara del papa», dijo, al parecer, el *megadoukas* Lucas Notaras). De vuelta a Italia, comenzó una carrera dentro de la Iglesia Católica que lo condujo a la púrpura cardenalicia y desempeñó cargos importantísimos hasta su muerte (1472). En Italia conoció la noticia de la derrota de Varna (1444), ciertamente esperada habida cuenta de que la campaña militar de los reyes de Hungría y Polonia (en la que participó también el hijo del *vai-voda* Vlad Dracul) parecía capaz de expulsar a los turcos del escenario europeo. En Bolonia se enteró de la caída de Constantinopla, el 29 de mayo de 1453, cuando, después de un sangriento asedio y de una resistencia desesperada de dos meses, invadieron la ciudad los jenízaros, que habrían podido saquearla durante tres días de no ser porque el sultán los detuvo entrando a caballo ya el 30 para tomar posesión de ella. Necesitaba una capital y unos súbditos, no una zona arqueológica y un cementerio. El emperador desapareció como había desaparecido Valente en el 378, y el patriarcado obtuvo el perdón cuando decidió re-

conocer lo inevitable: el triunfo del conquistador y el final de la Segunda Roma.

Fue una catástrofe epocal. La Edad Antigua y la Edad Media mediterránea habían terminado a la vez. Constantinopla continuó siendo la capital, «la Ciudad»... pero ya eran otro imperio y otro mundo. Desde entonces, la Tercera Roma estuvo en Rusia.